

El cuaderno de Noah

Nicholas Sparks

Traducción de Iolanda Rabascall

Rocaeditorial

Este libro está dedicado, con amor, a Cathy,
mi esposa y amiga.

Milagros

¿Quién soy? ¿Y cómo acabará esta historia?

Ya ha salido el sol y estoy sentado junto a la ventana empañada por el aliento de toda una vida. Esta mañana voy hecho un auténtico adefesio, con un par de camisas, unos pantalones gruesos y una bufanda enrollada dos veces al cuello, con las puntas metidas dentro de un suéter de lana que me tejió mi hija para mi cumpleaños, hace ya seis lustros. El termostato de la calefacción marca el máximo de su potencia, y a pesar de que a mi espalda hay una pequeña estufa que hace *clic* y ruge y escupe aire caliente como un dragón de un cuento de hadas, mi cuerpo tiritita por el frío perpetuo que se ha instalado en mi interior, un frío que se ha ido gestando a lo largo de ochenta años. «Ochenta años», pienso a veces, y aunque acepto mi edad con resignación, todavía me sorprende que no haya vuelto a sentir calor desde que George Bush era presidente. Me pregunto si todos los viejos experimentarán lo mismo.

¿Mi vida? No es fácil de contar. No ha sido tan clamorosamente espectacular como me habría gustado, pero tampoco he sido un tarambana ni he hecho nada grave de lo que deba arrepentirme. Supongo que podría decir que se ha asemejado más bien a unas acciones de bolsa de alto rendimiento: relativamente estable, con más momentos buenos que malos, y con una tendencia general al alza. Una buena compra, sí señor, una adquisición afortunada,

y soy consciente de que no todo el mundo puede decir lo mismo. Aunque tampoco quisiera que me malinterpretaran; no soy un tipo especial, de eso estoy seguro. Soy un hombre corriente, con pensamientos corrientes, y he llevado una vida de lo más corriente. Nadie ha erigido un monumento en mi honor y mi nombre pronto caerá en el olvido, pero he amado a una persona con toda el alma, y con eso me basta.

Los románticos lo describirán como una historia de amor; los escépticos, como una tragedia. En mi opinión tiene un poco de ambas cosas, aunque tampoco importa cómo decidan interpretarlo, ya que a fin de cuentas esta historia ha marcado una parte considerable de mi existencia y determinado la senda que he elegido seguir. No me lamento del camino ni de las vicisitudes por las que he pasado, ya tengo suficientes quejas en otros sentidos como para llenar una carpa de circo; pero la vía que he elegido siempre ha sido la más correcta para mí, y no la cambiaría por nada en el mundo.

10

Por desgracia, el tiempo obstaculiza el trayecto. El camino sigue siendo tan recto como siempre, pero ahora está plagado de rocas y gravilla que se han ido depositando a lo largo de mi vida. Hasta hace tres años habría sido fácil sortearlas, pero ahora me resulta imposible. La enfermedad ha hecho mella en mí; me siento débil y desmejorado, y paso los días como un viejo globo de una fiesta infantil: lánguido, flácido, y deshinchándome cada día un poco más.

Toso y, con los ojos entornados, echo un vistazo al reloj. Ya es la hora. Me levanto del sillón junto a la ventana, cruzo la habitación arrastrando los pies y me detengo delante de la mesa para recoger el cuaderno que tantas veces he leído. Ni siquiera lo miro; me lo coloco bajo el brazo y prosigo mi camino hacia donde sé que he de ir.

Avanzo sobre las baldosas blancas con vetas grises, del mismo color que mi cabello y que el de la mayoría de los que viven aquí. Esta mañana no hay nadie en el pasillo;

todos están en sus habitaciones, solos salvo por la compañía del televisor, pero ellos, al igual que yo, están acostumbrados a la soledad. Con el tiempo uno se acostumbra a todo.

Oigo unos amortiguados gemidos a lo lejos y sé exactamente de dónde provienen. Entonces las enfermeras me ven e intercambiamos sonrisas y saludos. Son mis amigas y hablamos a menudo, pero estoy seguro de que sienten curiosidad por mí y por la situación que me ha tocado vivir. En cuanto las dejo atrás, oigo que empiezan a cuchichear:

—Ahí va otra vez, ojalá hoy todo salga bien —murmuran, aunque no se atreven a decírmelo abiertamente. Estoy seguro de que piensan que me molestaría hablar de eso a primera hora de la mañana, y conociéndome como me conozco, probablemente tengan razón.

Al cabo de un minuto llego a la habitación. Como de costumbre, han colocado un tope en la base de la puerta expresamente para mí, para que se mantenga abierta. Hay dos enfermeras más en la habitación, y ambas me sonrían cuando me ven entrar.

—Buenos días —me saludan en un tono jovial, y dedico unos momentos a preguntarles por sus hijos, por la escuela y por las vacaciones que están a la vuelta de la esquina. Hablamos durante un minuto, aproximadamente, sin prestar atención a los gemidos. Ellas no parecen darse cuenta, supongo que se han acostumbrado, y me temo que yo también.

A continuación, me siento en la silla que parece haber ido adoptando la forma de mi cuerpo. Ya están acabando por hoy: la han vestido, pero ella sigue gimoteando. Cuando se marchen se calmará, lo sé. El trajín de la mañana le provoca desasosiego, y hoy no es ninguna excepción. Por fin las enfermeras abren la cortina y se apartan de la cama. Las dos me sonrían y me dan un apretón en el brazo cuando pasan junto a mí. Me pregunto qué habrán querido expresar con ese gesto.

Me siento y la miro fijamente, pero ella no me devuelve la mirada. Lo comprendo, porque no me reconoce. Para ella no soy más que un completo extraño. Entonces le doy la espalda, inclino la cabeza y rezo en silencio para que Dios me conceda el coraje que sé que voy a necesitar. Siempre he creído devotamente en Dios y en el poder de la oración, aunque, para ser sincero, a pesar de mi fe he elaborado una lista de preguntas que espero me sean contestadas cuando abandone este mundo.

Ahora ya estoy listo. Me pongo las gafas y del bolsillo saco una lupa que deposito sobre la mesa mientras abro el cuaderno. Tengo que humedecerme un par de veces mi artrítico dedo índice para abrir la ajada cubierta por la primera página. Entonces coloco la lupa en la posición adecuada.

12 Siempre hay un momento, justo antes de empezar a leer, en que el corazón me da un vuelco y me pregunto: «¿Será hoy?». No lo sé, de hecho nunca lo sé de antemano, aunque en el fondo eso tampoco importa. Es la posibilidad lo que me mantiene con esperanza, no la garantía; es como una apuesta que me hago a mí mismo. Y a pesar de que quizás alguien me llame loco o soñador, creo que en la vida todo es posible.

Soy consciente de que las probabilidades, y la ciencia, no están a mi favor, pero la ciencia no posee todas las respuestas, y eso es algo que he aprendido con la experiencia que otorgan los años. Por eso todavía creo en los milagros. Por más que parezcan inexplicables o increíbles, son reales y pueden acaecer sin que importe el orden natural de las cosas. Así pues, una vez más, tal y como hago cada día, empiezo a leer el cuaderno en voz alta, para que ella lo oiga, con la esperanza de que hoy vuelva a cumplirse el milagro que se ha convertido en el aspecto que domina mi vida.

Y quizá, solo quizá, llegue a suceder.

Fantasmas

A principios de octubre de 1946, Noah Calhoun estaba contemplando la puesta de sol desde el cobijo que le confería el porche de su casa de estilo colonial. Le gustaba sentarse allí, al atardecer, especialmente después de haber trabajado todo el día, y dar rienda suelta a sus pensamientos sin una dirección concreta. Constituía su forma de relajarse, una rutina que había aprendido de su padre.

Lo que más le gustaba era contemplar los árboles y su reflejo en el río. Los árboles de Carolina del Norte son preciosos en otoño: verdes, amarillos, rojos, ocres, y cualquier tonalidad intermedia imaginable. Sus fascinantes colores resplandecían al sol y, como de costumbre, Noah Calhoun se preguntó si los anteriores dueños de la casa también habrían pasado los atardeceres sumidos en los mismos pensamientos que él.

La vivienda, construida en 1772, era una de las más antiguas y más grandes de New Bern. En su origen había sido el edificio principal de una plantación en pleno rendimiento, y Noah la había comprado poco después de la guerra y había invertido los últimos once meses y una pequeña fortuna en reconstruirla.

Unas semanas antes, un reportero del periódico de Raleigh había escrito un artículo sobre la casa, cuya restauración, según él, era una de las mejores que había visto. Al menos en lo que concernía al edificio principal. El

resto de la finca era otra historia, y precisamente allí era donde Noah pasaba la mayor parte del día.

La casa se asentaba en un terreno de cinco hectáreas, a orillas del río Brices, y Noah estaba reparando la valla de madera que rodeaba los otros tres lados de la finca, comprobando que no estuviera podrida ni carcomida por las termitas, reemplazando postes cuando era necesario. Todavía le quedaba bastante trabajo por hacer, sobre todo en el flanco oeste, y un poco antes, mientras guardaba las herramientas, tomó nota mental de que necesitaba encargar más madera. Después, entró en la casa, bebió un vaso de té frío y se duchó. Siempre se duchaba al atardecer, para que el agua se llevara la suciedad y el cansancio.

Luego se peinó, se puso unos pantalones vaqueros desgastados y una camisa azul de manga larga, se sirvió otro vaso de té y salió al porche, donde se hallaba sentado en esos momentos, igual que todos los días a esa misma hora.

14

Estiró el brazo por encima de la cabeza, luego hacia ambos lados y, para completar la rutina, hizo varias rotaciones de hombros. Se encontraba a gusto, limpio y fresco. Se sentía físicamente cansado y sabía que al día siguiente los músculos se resentirían, pero estaba muy satisfecho porque había completado prácticamente todo el trabajo que se había propuesto.

Agarró la guitarra y al hacerlo pensó en su padre, en lo mucho que lo echaba de menos. Pasó lentamente el pulgar por las cuerdas, tensó un par de ellas para afinarlas, y luego volvió a pasar el pulgar. Esta vez obtuvo el sonido deseado, así que empezó a tocar una melodía suave, tranquila. Empezó tarareando la música, y después se puso a entonar mientras caía la noche. Tocó y cantó hasta que el sol desapareció y el cielo se tiñó de negro.

Poco después de las siete dejó la guitarra, se instaló en el balancín y empezó a columpiarse. Por pura costumbre, alzó la vista y miró a Orión, la Osa Mayor, Géminis y la Estrella Polar, que titilaban en el cielo otoñal.

Empezó a hacer cuentas mentalmente. Sabía que había invertido casi todos sus ahorros en la casa y que pronto tendría que encontrar trabajo, pero descartó ese pensamiento y decidió disfrutar de los restantes meses que pensaba dedicar a restaurar la finca sin preocuparse por la cuestión económica. Confiaba en que todo saldría bien, como siempre. Además, pensar en dinero lo aburría soberanamente. Hacía tiempo que había aprendido a gozar de las cosas sencillas, cosas que no se podían comprar, y no lograba comprender a los que no compartían este punto de vista. Ese era otro rasgo que había heredado de su padre.

Clem, su perra de caza, se acercó y le olfateó la mano antes de tumbarse a sus pies.

—Hola, bonita, ¿cómo estás? —le preguntó mientras la acariciaba la cabeza con unas suaves palmaditas.

La perra gimoteó mansamente mientras lo miraba con sus ojos redondos y dóciles. Tenía una pata tullida debido a un accidente, pero todavía se movía con bastante agilidad y le hacía compañía en noches tranquilas como aquella.

Noah tenía treinta y un años; no eran demasiados, pero suficientes para sentirse solo. Desde que había regresado a la ciudad no había salido con nadie, ni tampoco había conocido a ninguna chica que le resultara mínimamente atractiva. La culpa era suya, y lo sabía. Había algo que lo apartaba de cualquier mujer que se acercara demasiado, un problema que no estaba seguro de poder remediar por más que lo intentara. A veces, antes de dormirse, se preguntaba si su destino sería pasar solo toda la vida.

La noche transcurría cálida y plácida. Noah escuchó el canto de los grillos y el susurro de las hojas, y pensó que los rumores de la naturaleza eran más reales y le reportaban más emociones que los coches y los aviones. La naturaleza ofrecía mucho más de lo que el hombre tomaba de ella, y sus sonidos evocaban la esencia del ser humano. Durante la guerra, sobre todo después de un combate, era

cuando más había pensado en esos sonidos tan simples. «Te ayudarán a evitar que enloquezcas —le había dicho su padre el día que Noah fue reclutado—. Es la música de Dios, y te traerá de vuelta a casa.»

Apuró el té, entró en el comedor, tomó un libro y encendió la luz del porche antes de volver a salir. Tras sentarse de nuevo, fijó la vista en el libro. Era un viejo ejemplar de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman, con la cubierta ajada y las páginas manchadas de lodo y agua. Lo había llevado consigo durante toda la guerra; incluso una vez le sirvió de escudo al interceptar una bala.

Acarició la cubierta y le quitó el polvo suavemente. Entonces lo abrió por una página al azar y leyó:

Esta es tu hora, alma mía; la de tu libre vuelo
hacia lo indecible.

Lejos de los libros y del arte, consumido el día
e impartida la lección,
entera emerges, silenciosa y contemplativa,
a considerar los temas que más amas:
la noche, el sueño, la muerte y las estrellas.

16

Noah sonrió para sí. Por alguna razón, siempre relacionaba a Whitman con New Bern, y se alegraba de haber regresado. A pesar de haber estado ausente catorce años, aquel era su hogar y conocía a mucha gente en la localidad, la mayoría desde su juventud. No era extraño; como en muchas ciudades del Sur, las personas que vivían allí nunca cambiaban, simplemente envejecían.

Su mejor amigo en esa época era Gus, un negro de setenta años que vivía al final de la calle. Se habían conocido un par de semanas después de que Noah comprara la casa, cuando Gus se presentó con un licor casero y una cacerola con un humeante estofado, y se pasaron la noche emborrachándose y contando batallitas.

Desde entonces, Gus se dejaba caer un par de noches por semana, normalmente hacia las ocho. Con cuatro hi-

jos y once nietos en su casa, necesitaba evadirse de vez en cuando, algo que Noah comprendía perfectamente. Gus solía llevar su armónica, y después de charlar un rato, empezaban a tocar canciones. A veces podían pasarse horas entregados a la música.

Noah había acabado por considerar a Gus como un miembro de la familia. De hecho, después de que su padre falleciera el año anterior, se había quedado solo en el mundo. Era hijo único, su madre había muerto de gripe cuando él tenía dos años, y a pesar de que en una ocasión había estado a punto de casarse, nunca había llegado a hacerlo.

Pero había estado enamorado una vez, de eso no le cabía la menor duda. Una sola vez, y de eso hacía ya mucho tiempo. Aquella experiencia lo había marcado para siempre. El amor perfecto tenía ese poder, y el suyo lo había sido.

Las nubes de la costa empezaron a desplazarse lentamente por el cielo crepuscular, adoptando un tono argénteo con el reflejo de la luna. Mientras se volvían más algodonosas, Noah echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo de la mecedora. Sus piernas se movían automáticamente, manteniendo un ritmo cadencioso, y como casi cada tarde, sintió que su mente se dejaba llevar por los recuerdos de un cálido atardecer como aquel, catorce años antes.

Fue justo después de su graduación, en 1932, la noche inaugural de la feria de Neuse River. Un hervidero de gente inundaba las calles de la ciudad, divirtiéndose con los juegos de azar y en los bulliciosos puestos ambulantes donde vendían perritos calientes y hamburguesas. La noche era húmeda; no sabía por qué pero Noah recordaba aquel detalle vívidamente. Llegó solo y, mientras deambulaba entre la concurrencia, buscando a algún conocido, vio a Fin y Sarah, dos amigos de la infancia, que departían animadamente con una desconocida. Recordó que pensó que era guapa, y cuando final-

mente se acercó, ella lo miró con sus ojos soñadores y ya no los apartó de él.

—Hola —le dijo ella simplemente, al tiempo que le ofrecía la mano—. Finley me ha hablado mucho de ti.

Un inicio de lo más normal, algo que Noah habría relegado al olvido de haberse tratado de cualquier otra chica. Pero mientras le estrechaba la mano y contemplaba aquellos impresionantes ojos de color esmeralda, antes de volver a tomar aire tuvo la certeza de que era la mujer perfecta, la mujer que nunca más volvería a encontrar aunque se pasara el resto de su vida buscando.

Aunque soplaba un vientecillo estival, de repente Noah tuvo la impresión de que aquella brisa inofensiva se había trocado en un poderoso huracán. Fin le explicó que ella estaba pasando el verano en New Bern con su familia porque su padre trabajaba para R. J. Reynolds, y a pesar de que Noah solo asintió con la cabeza, por la forma en que ella lo miró tuvo la impresión de que había acertado al no añadir nada más. Entonces Fin se echó a reír, porque comprendió lo que estaba sucediendo, y Sarah propuso ir a buscar unas latas de Cherry Coke. Los cuatro se quedaron en la feria hasta que ya no quedó nadie y cerraron los puestos ambulantes.

Quedaron para el día siguiente, y también al otro, y pronto se hicieron inseparables. Cada mañana —excepto el domingo, cuando tenía que ir a misa— Noah acababa sus obligaciones lo más rápido posible y luego se dirigía velozmente hacia el parque Fort Totten, donde ella lo estaba esperando. Dado que era una turista y no estaba acostumbrada al ritmo de una ciudad tan pequeña, se pasaban los días haciendo actividades completamente novedosas para ella. Noah le enseñó a atar el anzuelo en el sedal y a pescar percas en las aguas poco profundas, y también la llevó de excursión al bosque Croatan. Navegaron en canoa y presenciaron espectaculares tormentas de verano.

Noah tenía la impresión de que se conocían de toda la

vida, pero también aprendió cosas nuevas. En un baile en el granero de tabaco, fue ella quien le enseñó a bailar el vals y el charlestón, y a pesar de que durante las primeras canciones se pisaron varias veces sin querer, la paciencia de ella obtuvo el fruto deseado, y se pasaron el resto de la noche bailando hasta que los músicos abandonaron sus instrumentos. Después, él la acompañó a casa y, tras darse las buenas noches en el porche, la besó por primera vez, no sin preguntarse por qué habría tardado tanto en hacerlo. Una semana después la llevó a esa casa y, a pesar de su evidente deterioro, le dijo que un día pensaba comprarla y restaurarla. Se pasaron horas hablando de sus sueños —el de Noah de ver mundo, y el de ella, ser una famosa pintora— y en una húmeda noche de agosto, ambos perdieron la virginidad. Cuando ella se fue al cabo de tres semanas, se llevó un pedazo de su corazón. Noah la vio marcharse de la ciudad a primera hora de una lluviosa mañana, tras haberse pasado la noche en vela. Después se fue directamente a su casa e hizo la maleta. La siguiente semana la pasó solo, en la isla Harkers.

Noah se deslizó las manos por el pelo y echó un vistazo al reloj. Las ocho y doce minutos. Se levantó, se acercó a la parte delantera de la casa y escrutó la carretera. Ni rastro de Gus. Noah supuso que ya no acudiría. Regresó al balancín y volvió a mecerse.

Recordó la primera vez que le habló a Gus de ella. Su amigo sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Así que ese es el fantasma del que has estado huyendo, ¿eh?

Cuando Noah le preguntó a qué se refería, Gus contestó:

—Ya sabes, los fantasmas del pasado, los recuerdos que gravitan sobre nosotros. Te he estado observando, trabajando día y noche sin descanso, sin apenas darte un respiro. Las personas actúan de ese modo por tres motivos: o bien porque se han vuelto locas, o porque son idiotas, o porque intentan olvidar. Y desde el primer momen-

to he estado seguro de que en tu caso era porque intentabas olvidar, aunque no sabía el qué.

Noah recapacitó sobre las palabras de Gus. Su amigo tenía razón, por supuesto. New Bern era ahora un ámbito embrujado, hechizado por el fantasma de los recuerdos de aquel amor. La veía siempre que pasaba por el parque Fort Totten, el lugar donde solían quedar, o bien sentada en el banco o de pie junto a la verja, sonriente, con la melenita rubia rozándole los hombros y los ojos del color de las esmeraldas. Cuando Noah se instalaba en el porche por la noche con su guitarra, se la imaginaba junto a él, escuchándolo en silencio mientras él entonaba melodías de su infancia.

Y lo mismo sentía cuando iba a la tienda de Gaston, o si pasaba por delante del teatro Masonic, o cuando paseaba por el centro de la ciudad. Por todas partes veía su imagen y encontraba objetos que le recordaban a ella.

20

Era extraño, y Noah era plenamente consciente de ello. Se había criado en New Bern, había vivido hasta los diecisiete años allí, pero cuando se ponía a pensar en la ciudad, únicamente parecía recordar aquel verano, el tiempo que habían pasado juntos. El resto de los recuerdos constituían simplemente fragmentos, retales de su infancia y adolescencia, y muy pocos —por no decir ninguno— le evocaban algún sentimiento.

Se lo comentó una noche a Gus y su amigo le ofreció una explicación muy simple:

—Mi padre decía que la primera vez que te enamoras te cambia la vida para siempre, y por más que lo intentes, jamás lograrás borrar ese sentimiento tan profundo. Esa chica fue tu primer amor, y hagas lo que hagas, siempre estará presente en tu corazón.

Noah sacudió la cabeza y cuando la imagen de ella empezó a desvanecerse en su mente, retomó la lectura de Whitman. Leyó durante una hora, alzando la vista de vez en cuando para observar los mapaches y comadreja que correteaban furtivamente cerca del río. A las nueve y me-

dia cerró el libro, subió a su habitación y se puso a escribir en su diario, incluyendo tanto observaciones personales como el trabajo que había realizado ese día en la finca. Cuarenta minutos más tarde, ya dormía. *Clem* subió las escaleras y entró en su cuarto, olisqueó a su dueño mientras dormía y luego se puso a dar círculos sobre sí misma hasta que finalmente se tumbó a los pies de la cama hecha un ovillo.

Un poco antes, esa misma tarde, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, ella estaba sola, sentada en el balancín del porche en casa de sus padres, con una pierna cruzada debajo del muslo. Al acomodarse había notado que la funda todavía estaba húmeda por el chaparrón que había caído durante la tarde, pero en esos momentos las nubes se estaban disipando y se dedicó a verlas pasar, preguntándose si había tomado la decisión correcta. Se había pasado días indecisa, incluso hasta unas horas antes, pero finalmente se había convencido de que jamás se perdonaría si dejaba escapar aquella oportunidad.

Lon no sabía la verdadera razón del viaje que tenía previsto para el día siguiente. Una semana antes ella le había insinuado que le apetecía ir a comprar antigüedades en la costa. «Solo serán un par de días —le había dicho—, además, necesito tomarme un respiro de los preparativos de la boda.» Se sentía algo culpable por haberle mentado, pero sabía que de ninguna manera podía contarle la verdad. Su viaje no tenía nada que ver con él, y no sería justo pedirle que entendiera sus motivos.

Desde Raleigh era un trayecto fácil, un poco más de dos horas en coche, y llegó antes de las once de la mañana. Se registró en un pequeño hotel en el centro, subió a la habitación y deshizo la maleta, colgó los vestidos en el armario y guardó el resto de sus pertenencias en los cajones. Tomó un almuerzo frugal, le preguntó a la camarera cómo llegar a la tienda de antigüedades más cercana y

luego se pasó las siguientes horas comprando. A las cuatro y media ya estaba de vuelta en su habitación.

Se sentó en el borde de la cama, agarró el teléfono y llamó a Lon. Su prometido no podía hablar demasiado rato porque tenía que asistir a un juicio, pero antes de colgar ella le dio el número de teléfono del hotel donde se alojaba y le prometió que volvería a llamarlo al día siguiente. Al colgar se sintió satisfecha. Había sido una conversación rutinaria, nada fuera de lo normal, nada que pudiera despertar las sospechas de Lon.

Hacía casi cuatro años que lo conocía. Fue en 1942, con el mundo en guerra y Estados Unidos desbordado por el conflicto bélico. Todos contribuían de un modo u otro, y ella trabajaba de voluntaria en un hospital en el centro de la ciudad, donde la apreciaban y la necesitaban, pero la labor resultó más ardua de lo que esperaba. Empezaron a llegar los primeros jóvenes soldados heridos, y ella pasaba los días con hombres física y espiritualmente destrozados. Cuando Lon, con su encanto arrollador, se le presentó en una fiesta de Navidad, ella vio en él exactamente lo que necesitaba: alguien con confianza en el futuro y con un sentido del humor que disipaba todos los temores que la asfixiaban.

22

Lon era atractivo, inteligente y culto, un reputado abogado ocho años mayor que ella, y se dedicaba a su trabajo con pasión, con lo cual no solo iba ganando casos, sino que iba escalando puestos en su profesión. Ella comprendía su empeño en busca del éxito, ya que su padre y casi todos los hombres que conocía en su círculo social estaban cortados por el mismo patrón. Al igual que ellos, Lon había sido educado bajo esa premisa, y en el sistema de castas del Sur del país, el apellido de la familia y el éxito personal constituían a menudo lo más importante para el matrimonio. Para algunos, era lo único que contaba.

Aunque ella se había rebelado contra aquella idea desde niña y había salido con algunos hombres que podrían describirse más bien como balas perdidas, se sintió atraída por el talante tranquilo de Lon y poco a poco se ena-

moró de él. A pesar de las muchas horas que dedicaba al trabajo, se portaba muy bien con ella. Era todo un caballero, maduro y responsable, y durante aquellos terribles períodos de la guerra en que ella había necesitado tanto apoyo afectivo, él nunca le había fallado. Se sentía segura con él y sabía que él también la amaba, y por eso había aceptado su petición de matrimonio.

Esos pensamientos la hacían sentirse culpable de estar allí, y sabía que lo más sensato sería hacer de nuevo la maleta y marcharse enseguida, antes de que cambiara de idea. Ya lo había hecho otra vez, mucho tiempo atrás, y estaba segura de que si esta vez se marchaba, jamás reuniría fuerzas para volver a intentarlo. Tomó el bolso, dudó unos instantes, y se dirigió a la puerta. Pero la coincidencia la había empujado hasta allí, así que volvió a depositar el bolso sobre la mesa, pensando de nuevo que, si renunciaba a sus planes, siempre se preguntaría qué podría haber sucedido. Y no creía que fuera capaz de vivir con el peso de esa incertidumbre.

23

Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la bañera. Tras probar la temperatura del agua, fue al tocador y se quitó los pendientes de oro mientras recorría la habitación en busca del neceser. Lo abrió, sacó una maquinilla de afeitar y una pastilla de jabón, y finalmente se desvistió delante del tocador.

Cuando estuvo totalmente desnuda, se contempló en el espejo. Desde pequeña siempre le habían dicho que era preciosa: tenía el cuerpo firme y proporcionado, con los pechos suavemente redondeados, el vientre plano y las piernas bien torneadas. Había heredado de su madre los pómulos prominentes, la piel suave y el cabello rubio, pero su característica más atractiva era solo suya: tenía unos ojos «como las olas del océano», tal y como Lon solía describirlos.

Tomó la maquinilla y la pastilla de jabón y regresó al cuarto de baño, cerró el grifo, dejó una toalla al alcance de la mano, y se metió en la bañera con cautela.

Se deslizó despacio en el agua hasta quedar totalmente sumergida, disfrutando de la relajante sensación. Había sido un día muy largo y sentía la tensión acumulada en la espalda, pero se alegraba de haber acabado ya con las compras. Tenía que regresar a Raleigh con algo tangible, y sabía que con las cosas que había elegido bastaría. Pensó que debía buscar los nombres de otras tiendas de antigüedades en la zona cerca de Beaufort, pero súbitamente dudó de que eso fuera necesario. Lon no dudaría de su palabra.

Se enjabonó y empezó a afeitarse las piernas. Mientras lo hacía, pensó en sus padres y en lo que opinarían acerca de su comportamiento. Seguramente no lo aprobarían, en especial su madre. Ella jamás había aceptado lo que sucedió el verano que pasaron allí, y tampoco lo aceptaría ahora, por más razones que ella pudiera alegar.

24 Permaneció un rato más en la bañera antes de ponerse de pie y cubrirse con la toalla. Se dirigió hacia el armario en busca de un vestido y finalmente eligió uno largo de color amarillo, ligeramente escotado, según la moda en el Sur. Se lo puso y se miró en el espejo; se volvió hacia un lado y luego hacia el otro. Le quedaba muy bien y le confería un aspecto muy femenino, pero al final decidió no ponérselo y volvió a colgarlo en la percha.

Elegió otro menos elegante, menos entallado, de color azul cielo, con encaje y abotonado por delante, y aunque no era tan bonito como el primero, le aportaba un aire que le pareció más apropiado.

Se aplicó un poco de maquillaje, solo un toque de sombra en los párpados y rímel para resaltar los ojos. A continuación se puso perfume, sin exceso. Buscó unos pendientes pequeños en forma de aro y se los puso, luego se calzó las sandalias planas de color marrón claro que ya llevaba antes. Se peinó la melena rubia, se hizo un moño y volvió a mirarse en el espejo. «No, es excesivo», pensó, y volvió a soltarse la melena. Mucho mejor.

Cuando hubo acabado, retrocedió unos pasos y se ob-

servó con ojo crítico. Estaba bien: ni muy sofisticada ni demasiado informal. No quería excederse. Había pasado mucho tiempo —probablemente demasiado—, y en ese intervalo podían haber sucedido muchas cosas, incluso cosas que ella prefería no considerar.

Bajó la vista, vio que le temblaban las manos y se rio para sí. Qué extraño. Normalmente nunca se ponía nerviosa. Al igual que Lon, siempre mostraba una gran templanza, incluso desde niña. Pensó en que algunas veces su forma de ser le había acarreado muchos problemas, sobre todo cuando había salido con algún chico, ya que solía intimidar a la mayoría de los muchachos de su edad.

Buscó el bolso, las llaves del coche y por último la de la habitación. Jugueteó con ella unos segundos mientras se decía: «Has llegado hasta aquí, no tires la toalla ahora», y ya estaba a punto de salir de la habitación cuando de pronto volvió a sentarse en la cama. Echó un vistazo al reloj. Eran casi las seis de la tarde; sabía que en unos minutos tenía que marcharse, no quería llegar de noche, pero necesitaba un poco más de tiempo.

—¡Maldita sea! —musitó—. ¿Se puede saber qué estoy haciendo aquí? No debería haber venido. No hay ninguna razón para ello.

Pero después de decirlo, supo que no era verdad. Estaba allí por una razón, y no pensaba marcharse sin obtener una respuesta.

Abrió el bolso y rebuscó hasta que encontró una hoja de periódico doblada. Tras sacarla despacio, casi reverentemente, con cuidado para no romperla, la desdobló y se la quedó mirando unos momentos.

—Esta es la razón —se dijo finalmente a sí misma—. Por eso estoy aquí.

Noah se había levantado a las cinco y, fiel a su costumbre, había salido a remar en kayak durante una hora por el río. Cuando acabó, se cambió y se puso ropa de tra-

bajo, calentó unas galletas del día previo, agregó un par de manzanas, y remató el desayuno con dos tazas de café.

A continuación, se puso a trabajar de nuevo en la valla, reparando la mayor parte de los postes que lo requerían. Era el veranillo de San Martín, el termómetro rayaba casi los treinta grados, y a la hora del almuerzo se sentía tan acalorado y fatigado que se alegró de poder tomarse un respiro.

Comió junto al río, contemplando cómo saltaban los peces. Le encantaba verlos saltar tres o cuatro veces antes de surcar el cielo en una especie de vuelo y desaparecer en el agua salobre. Por alguna razón, le satisfacía pensar que el instinto de aquellos peces había permanecido inmutable durante miles y miles de años.

26 A veces se preguntaba si en el caso de los seres humanos el instinto habría cambiado a lo largo de los siglos, y siempre llegaba a la conclusión de que no lo había hecho. Al menos en lo más básico, en lo más primario. Por lo que sabía, el hombre siempre había sido un ser agresivo, siempre dispuesto a luchar con tal de dominar, de intentar controlar el mundo y todo lo que había en él. La guerra en Europa y Japón era una muestra de ello.

Acabó de trabajar un poco antes de las tres y fue andando hasta un pequeño cobertizo situado cerca del embarcadero. Entró y buscó la caña de pescar, un par de cebos y unos grillos vivos que siempre procuraba tener a mano; luego enfiló hacia el embarcadero, lanzó el anzuelo y tensó el sedal.

Pescar era una actividad que lo invitaba a reflexionar sobre su vida, y esa vez no fue una excepción. Recordó que tras la muerte de su madre había vivido en una docena de casas diferentes y que en esa época tartamudeaba tan exageradamente que los niños se reían de él. Por eso empezó a hablar cada vez menos, y cuando tenía cinco años, dejó de hablar por completo. Cuando le tocó ir al colegio, su profesor pensó que era retrasado y recomendó que lo sacaran de la escuela.

En lugar de eso, su padre tomó cartas en el asunto: hizo que continuara asistiendo a clase y luego, por las tardes, le obligó a ir a la carpintería, a acarrear y apilar madera.

—Está bien que pasemos unas horas juntos —le decía mientras trabajaban codo con codo—, como hacíamos mi padre y yo.

Durante esas horas, su padre le hablaba de pájaros y animales o le contaba historias y leyendas relacionadas con Carolina del Norte. En tan solo unos meses, Noah volvió a hablar, aunque no con absoluta fluidez, y su padre decidió enseñarle a leer con libros de poesía.

—Si aprendes a leer poesía en voz alta, serás capaz de expresar todo lo que quieras —le aseguraba. De nuevo tenía razón, y al cabo de un año Noah dejó de tartamudear.

De todas formas, siguió acudiendo a la carpintería cada día simplemente para estar con su padre, y por las noches leía las poesías de Whitman y Tennyson en voz alta mientras su padre se mecía a su lado en el balancín. No había dejado de leer poesía desde que era niño.

Cuando fue algo mayor, empezó a pasar prácticamente todos los fines de semana y las vacaciones solo. Exploró el bosque Croatan en su primera canoa, siguiendo el curso del río Brices durante más de treinta kilómetros hasta que no pudo continuar, entonces recorrió andando el resto del trayecto hasta la costa. Explorar y acampar al aire libre se convirtieron en su pasión, y se pasaba horas en el bosque, sentado debajo de imponentes robles, silbando distraídamente y tocando la guitarra para castores, gansos y garzas. Los poetas sabían que el aislamiento en la naturaleza, lejos de la gente y de los objetos creados por el hombre, era un saludable ejercicio para el alma, y Noah siempre se identificaba con los poetas.

A pesar de que era un muchacho callado y tranquilo, tantos años acarreando madera lo ayudaron a convertirse en un excelente deportista, y su éxito en esta faceta le re-

portó popularidad. Disfrutaba jugando al fútbol y practicando atletismo, y a pesar de que la mayor parte de sus compañeros de equipo salían juntos en sus ratos libres, él casi nunca se unía a ellos. De vez en cuando alguien lo tachaba de arrogante, pero en general sus compañeros simplemente pensaban que Noah había madurado más rápido que ellos. Tuvo alguna que otra novia en el instituto, pero ninguna consiguió causarle una fuerte impresión. Salvo una, con la que salió después de graduarse.

Allie. Su Allie.

Recordaba que había hablado con Fin sobre Allie después de aquella primera noche en la feria, y su amigo se había puesto a reír. Entonces, hizo dos predicciones: la primera, que se enamorarían, y la segunda, que no saldría bien.

Notó un leve tirón en el sedal y esperó que fuera una perca, pero el tirón cesó, y después de recoger el carrete y echar un vistazo al cebo, volvió a lanzarlo al agua.

28

Fin acabó por tener razón en ambos vaticinios. Ella se pasó prácticamente todo el verano inventando excusas para sus padres cada vez que querían verse. No es que Noah no les cayera bien, pero era un chico de baja extracción, demasiado pobre, y ellos jamás accederían a que su hija saliera formalmente con alguien de su condición.

—No me importa lo que piensen mis padres, te quiero y siempre te querré —le decía ella—. Encontraremos la forma de estar juntos.

Pero al final no lo lograron. A principios de septiembre ya habían acabado con la cosecha de tabaco y a Allie no le quedó más remedio que regresar con su familia a Winston-Salem.

—Solo se ha acabado el verano; lo nuestro no —le dijo Noah la mañana en que ella se marchó—. Lo nuestro nunca acabará.

Pero se equivocó. Por una razón que no alcanzaba a comprender, ella jamás respondió a sus cartas.

Al final, Noah decidió marcharse de New Bern para

aclarar las ideas, pero también porque, a causa de la Gran Depresión, era prácticamente imposible ganarse la vida en aquella pequeña ciudad. Primero fue a Norfolk y trabajó en un astillero durante seis meses antes de que lo despidieran, luego se marchó a Nueva Jersey porque oyó que allí había más oportunidades.

Finalmente consiguió un trabajo en una chatarrería, separando el metal del resto de materiales. El propietario, un hombre de origen judío llamado Morris Goldman, quería recoger tanta chatarra como fuera posible, convencido de que la guerra en Europa era inminente y que Estados Unidos se vería nuevamente involucrado en el conflicto. A Noah le traían sin cuidado los motivos que pudiera tener su jefe, él solo se alegraba de tener un empleo.

Los años que había pasado ayudando a su padre en la carpintería lo habían curtido para desempeñar aquella labor tan pesada, y se dedicaba al trabajo con todas sus fuerzas. No solo porque así alejaba a Allie de sus pensamientos durante el día, sino también porque sentía que era algo que tenía que hacer. Su padre siempre le había dicho: «Hay que ganarse el pan con el sudor de la frente, porque lo contrario es robar», y esa era precisamente la actitud que le gustaba a su jefe.

—¡Qué pena que no seas judío! —se lamentaba Goldman—. Excepto por eso, eres un chico estupendo...

Era el mejor cumplido que podía hacerle Goldman.

Pero Noah seguía pensando en Allie, sobre todo por las noches. Le escribía una vez al mes, pero ella nunca le contestaba. Al final decidió escribirle una última carta de despedida y se obligó a sí mismo a aceptar que aquel verano que habían pasado juntos era la única cosa que compartiría con ella en la vida.

Sin embargo, no logró apartarla de su corazón. Tres años después de aquella última misiva, Noah fue a Winston-Salem con la esperanza de encontrarla. Fue a su casa, averiguó que había cambiado de domicilio y, después de

hablar con algunos vecinos, llamó por teléfono a la empresa R. J. Reynolds. La recepcionista era nueva y no reconoció el apellido, pero al indagar en los archivos de la empresa descubrió que el padre de Allie se había marchado de la empresa sin dejar ninguna dirección de contacto. Aquel viaje fue la primera y la última vez que Noah intentó buscarla.

Durante los siguientes ocho años, siguió trabajando para Goldman. Al principio era uno más de los doce empleados, pero con el paso de los años, la compañía fue prosperando y Noah recibió un ascenso. En 1940 dominaba el negocio y se encargaba de todas las operaciones, cerrando tratos y dirigiendo una plantilla de treinta trabajadores. La empresa se había convertido en la mayor chatarrería de la Costa Este.

30 En aquella época salió con varias mujeres, y con una de ellas incluso inició una relación seria. Era una camarera de un restaurante cercano que tenía unos ojos intensamente azules y una sedosa melena negra. A pesar de que estuvieron saliendo dos años y de que juntos pasaron buenos momentos, Noah nunca llegó a sentir por ella lo mismo que por Allie.

No lograba olvidarla.

La camarera era unos años mayor que él, y fue ella quien le enseñó cómo complacer a una mujer: a tocar y besar las partes más sensibles, cómo estimularla, qué frases susurrar... A veces se pasaban todo el día acurrucados en la cama, haciendo el amor de una forma que los satisfacía plenamente a los dos.

Pero ella sabía que no iba a estar con él toda la vida. Hacia el final de su relación, un día le dijo:

—Me gustaría darte lo que buscas, pero no sé qué es. Hay una parte de ti que mantienes cerrada, inaccesible a cualquiera que se te acerque, incluso a mí; es como si en realidad no estuvieras conmigo, como si mentalmente estuvieras con otra persona.

Noah intentó negarlo, pero ella no lo creyó.

—Soy una mujer, sé lo que me digo. A veces, cuando me miras, sé que no me ves a mí sino a otra. Es como si estuvieras esperando que ella se materializara por arte de magia delante de ti y se te llevara lejos de toda esta...

Un mes más tarde, pasó a verlo por el trabajo para decirle que había conocido a otro hombre. Él lo comprendió. Acabaron la relación de forma amistosa, y al cabo de un año, Noah recibió una postal en la que le decía que se había casado. Nunca más volvió a saber de ella.

Mientras vivía en Nueva Jersey, iba a visitar a su padre una vez al año, normalmente en Navidad. Pasaban los días pescando y charlando, y una vez realizaron una excursión a la costa y acamparon cerca de la isla Ocracoke.

En diciembre de 1941, cuando tenía veintiséis años, estalló la guerra, tal y como Goldman había vaticinado. Al mes siguiente Noah entró en el despacho de su jefe para comunicarle su intención de alistarse y se desplazó a New Bern para despedirse de su padre. Cinco semanas más tarde ya estaba en un campo de entrenamiento militar. Poco después recibió una carta de Goldman agradeciéndole todo su trabajo junto con una copia de un certificado que le otorgaba un pequeño porcentaje de la chatarrería en caso de que su propietario decidiera liquidar el negocio.

«Sin ti no lo habría conseguido —rezaba la carta—. Eres el trabajador más competente que jamás he tenido, a pesar de que no seas judío.»

Noah pasó los siguientes tres años con las fuerzas del Tercer Regimiento de Patton, arrastrándose por desiertos en el norte de África y por los bosques de Europa cargado con casi quince quilos de peso a la espalda. Su unidad de infantería siempre estaba cerca de la acción. Vio morir a muchos de sus amigos, que fueron enterrados a miles de kilómetros de sus hogares. Una vez, mientras se hallaba escondido en una trinchera cerca del Rin, imaginó que veía a Allie, y que ella lo protegía.

Recordó el final de la guerra en Europa, y luego, unos

meses más tarde, en Japón. Un poco antes de licenciarse del ejército, recibió una carta de un abogado de Nueva Jersey en representación de Morris Goldman. Tras reunirse con el abogado, supo que su antiguo jefe había fallecido hacía un año y que habían liquidado su negocio, y Noah recibió un cheque por casi setenta mil dólares. Aunque pareciera extraño, la noticia apenas lo conmovió.

A la semana siguiente regresó a New Bern y compró la casa. Recordó el día en que llevó a su padre a ver la finca y le comentó todos los cambios que pensaba hacer. Su padre parecía desfallecido mientras paseaba por la finca, y no paraba de toser y estornudar. Noah se inquietó por su estado de salud, pero el hombre le restó importancia, asegurándole que solo se trataba de una simple gripe.

Antes de un mes, murió de neumonía, y fue enterrado junto a su esposa en el cementerio de la localidad. Noah procuraba pasar por allí a menudo para depositar flores en la tumba, y de vez en cuando dejaba una nota. Y cada noche, sin falta, dedicaba unos momentos a recordar al hombre que le había enseñado las cosas más importantes en la vida y a rezar por él.

Después de recoger el carrete, guardó los utensilios de pesca y regresó a casa. Su vecina, Martha Shaw, se había acercado con unas galletas caseras y tres hogazas de pan recién horneado para agradecerle su ayuda. Su esposo había muerto en la guerra, dejándola con tres niños y una casa en ruinas. Se acercaba el invierno, y una semana antes Noah había pasado varios días en casa de Martha reparando el tejado, cambiando los cristales rotos y sellando las ventanas, y arreglando la estufa de leña. Esperaba que con eso bastara para que pudieran plantar cara al invierno.

Cuando Martha se marchó, Noah se montó en su destartalada camioneta Dodge y fue a ver a Gus. Siempre se detenía en su casa de camino a la tienda de ultramarinos, porque la familia de Gus no tenía coche. Una de sus hijas se montó con él en la camioneta y realizaron las compras

en Capers General Store. Cuando Noah regresó a casa, no guardó inmediatamente la comida, sino que se duchó, fue a buscar una Budweiser y un libro de Dylan Thomas, y se sentó en el porche.

Ella todavía no podía creerlo, pese a tener la prueba entre sus manos.

Tres domingos atrás había visto la noticia en el periódico, en casa de sus padres. Había ido a la cocina para prepararse una taza de café, y allí sentado, su padre le había sonreído al tiempo que señalaba una pequeña foto.

—¿Te acuerdas? —le había dicho.

Ella tomó el periódico y, tras echar un vistazo sin mayor interés, algo en la foto le llamó la atención. Entonces la observó sin parpadear.

—No es posible —balbuceó.

Su padre la miró con curiosidad, pero ella no le hizo caso, sino que se sentó y leyó el artículo sin decir una palabra. Ni siquiera se dio cuenta de que su madre se había sentado a la mesa, frente a ella, y cuando finalmente alzó la vista del periódico, descubrió que la contemplaba con la misma expresión que había visto en la cara de su padre unos momentos antes.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó su madre por encima de la taza de café—. Te has puesto muy pálida.

Allie no contestó de inmediato. No podía, y fue entonces cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos. Allí había empezado todo.

—Y aquí acabará, de una forma u otra —susurró Allie. Dobló de nuevo el recorte de periódico y lo guardó en el bolso mientras recordaba que aquel domingo se había marchado de casa de sus padres con el diario, para poder recortar la noticia con tranquilidad. Por la noche volvió a leerla antes de acostarse, intentando hallar un sentido a aquella coincidencia, y la releyó de nuevo a la mañana siguiente, para asegurarse de que no lo había so-

ñado. Y en ese momento, después de tres semanas de dar largos paseos sola, después de tres semanas de desconcierto, esa era la razón por la que había decidido viajar hasta allí.

Cuando le preguntaban por qué estaba tan distraída, alegaba que se debía al estrés. Era la excusa perfecta; todo el mundo lo comprendía, incluso Lon, y por eso él no se sorprendió cuando ella le comentó que quería marcharse un par de días. Los preparativos de la boda resultaban estresantes; la lista de invitados ascendía a quinientas personas, incluyendo el gobernador, un senador y el embajador de Perú. En su opinión, todo aquello era excesivo, pero su compromiso había sido un notición y había ocupado las páginas de sociedad desde que habían anunciado sus planes de boda seis meses antes. De vez en cuando le entraban ganas de fugarse con Lon para casarse sin tanta parafernalia. Pero sabía que él no accedería porque, como el buen aspirante a político que era, le encantaba ser el centro de atención.

34

Suspiró y volvió a ponerse de pie.

—Ahora o nunca—susurró. Recogió sus cosas y enfiló hacia la puerta. Se detuvo solo un momento antes de abrirla y bajar las escaleras. El director del hotel le sonrió al verla pasar por su lado, y Allie notó cómo la repasaba por la espalda mientras atravesaba el umbral y se dirigía al coche. Se sentó al volante, se miró una última vez en el espejo, arrancó el motor y giró a la derecha para tomar Front Street.

No le sorprendió constatar que le resultaba fácil orientarse. A pesar de que habían pasado muchos años desde la última vez que había estado allí, no era una ciudad muy grande, y condujo por las calles con la tranquilidad de quien conoce bien el terreno. Después de cruzar el río Trent a través de un vetusto puente levadizo, se adentró en una pista sin asfaltar e inició el tramo final de su viaje.

Seguía siendo un paraje idílico. A diferencia de la zona

de Piedmont, donde ella se había criado, los terrenos allí eran completamente llanos, pero poseían la misma tierra limosa y fértil, perfecta para cosechar algodón y tabaco. Esos dos productos y la madera constituían el principal medio de subsistencia de las ciudades en aquella parte del estado, y mientras recorría la carretera alejándose de la ciudad, se sintió cautivada por la belleza natural que había atraído a los pioneros que se establecieron en aquella región.

No, el territorio no había cambiado, en absoluto. Los rayos del sol se filtraban entre los gigantescos robles y nogales, iluminando los colores otoñales. A su izquierda, un río de color cobrizo viraba hacia la carretera y luego se alejaba antes de confluir con otro río más caudaloso un kilómetro y medio más adelante. La carretera sin asfaltar se abría paso tortuosamente entre las granjas erigidas antes de la guerra de Secesión, y Allie sabía que, para algunos de esos granjeros, la vida no había cambiado desde antes de que nacieran sus padres. La imperturbabilidad del lugar le suscitó un mar de recuerdos, y sintió un nudo en la garganta a medida que iba reconociendo determinados lugares que hacía tanto tiempo que había olvidado.

El sol se levantaba sobre las copas de los árboles a su izquierda y, tras una curva, divisó una vieja iglesia, abandonada durante años pero todavía en pie. Aquel verano la había explorado en busca de algún vestigio de la guerra de Secesión, y al pasar en coche por delante del edificio, los recuerdos cobraron viveza, como si solo hubiera transcurrido un día desde entonces.

Junto a la vereda del río divisó un majestuoso roble, que le suscitó más recuerdos. Tenía el mismo aspecto de entonces, con las ramas bajas y gruesas cubiertas de musgo, extendidas horizontalmente, casi paralelas al suelo. Se vio a sí misma sentada debajo del árbol en un caluroso día de julio con un hombre que la miraba con tal intensidad como para hacer que el resto del mundo se des-

vaneciera a su alrededor. En ese preciso momento fue cuando se enamoró de él.

Era dos años mayor que ella, y mientras Allie seguía conduciendo despacio por la sinuosa carretera, evocó su rostro. Aparentaba más edad de la que tenía, siempre con aspecto de estar levemente cansado, como un granjero que regresara a casa después de una ardua jornada en el campo. Tenía las manos encallecidas y los músculos de quien trabaja duro para ganarse la vida, y en las comisuras de aquellos ojos oscuros que parecían leerle todos los pensamientos se empezaban a formar las primeras arrugas.

Era alto y fuerte, con el pelo castaño claro, atractivo a su manera, aunque lo que más recordaba era su voz. Aquel día él le había recitado unos poemas, mientras se hallaban tumbados sobre la hierba debajo del árbol, con una dicción suave y fluida, casi de una calidad musical. Era la típica voz de los locutores de radio, y parecía quedar suspendida en el aire mientras leía los poemas. Allie recordó que entornó los ojos para escuchar con más atención, y dejó que las palabras le impregnaran el alma:

Me atrae, lisonjero, hacia la niebla, hacia el crepúsculo.
Me alejo como el viento, sacudo mis blancos rizos
bajo el sol fugitivo...

Él hojeaba viejos libros con las páginas gastadas y dobladas, unos libros que había leído cientos de veces. Continuó leyendo durante un rato, entonces hizo una pausa y los dos se pusieron a charlar. Ella le contó lo que esperaba conseguir en la vida —sus sueños y sus esperanzas para el futuro— y él la escuchó con sumo interés y luego le prometió que intentaría que todo lo que ella esperaba se cumpliera. Y por la forma en que lo dijo, Allie lo creyó, y ya entonces supo lo mucho que él significaba en su vida. De vez en cuando, cuando ella le preguntaba, él le hablaba de sí mismo o le explicaba por qué había elegido un poema en particular y qué pensamientos le inspiraba;

otras veces se limitaba a estudiarla con aquella mirada tan intensa que lo caracterizaba.

Contemplaron la puesta de sol y cenaron bajo las estrellas. Se hacía tarde, y Allie sabía que sus padres se enfadarían si se enteraban de dónde estaba. En ese momento, sin embargo, no le importaba; solo podía pensar en el mágico día que habían pasado juntos, en lo maravilloso que era él, y unos minutos más tarde, mientras caminaban de vuelta a su casa, él le dio la mano y la calidez de su tacto la acompañó durante todo el trayecto.

Tras otra curva, finalmente la divisó a lo lejos. La casa estaba totalmente cambiada. Aminoró la marcha a medida que se acercaba y entró en una larga carretera de tierra, flanqueada de árboles, que ascendía hacia el poderoso imán que la había atraído desde Raleigh.

Condujo despacio, sin apartar la vista de la casa, y respiró hondo cuando lo vio sentado en el porche, mirando con curiosidad el coche que se acercaba. Iba vestido con ropa informal. Desde la distancia que los separaba, Allie pensó que tenía el mismo aspecto que la última vez que lo había visto. Por un momento, cuando la luz del sol iluminó su silueta por la espalda, Noah pareció fundirse con el paisaje.

El coche de Allie siguió avanzando, despacio, hasta que finalmente se detuvo debajo de un roble que proyectaba su sombra sobre la fachada principal de la casa. Dio media vuelta a la llave de contacto, sin apartar los ojos de él, y el motor se paró abruptamente.

Él bajó del porche y se acercó a ella con paso tranquilo. De repente, la vio salir del coche y se le heló la sangre en las venas. Se quedaron mirándose el uno al otro durante un largo rato, sin moverse.

Allison Nelson, una mujer de veintinueve años de la alta sociedad y prometida a otro hombre, buscaba las respuestas que necesitaba saber, y Noah Calhoun, de treinta y un años y soñador, recibía la visita del fantasma que había llegado a dominar su vida.